

génea carente de todo valor, de toda Heterogeneidad. La ciencia, en tanto que práctica excluyente, es una moral, la última forma de la moral: de ahí las limitaciones, los forcejeos, las contradicciones de todos aquellos que como Barthes se pretenden en el interior de ella «inmorales» o «amorales»: ya que su única amoralidad será a fin de cuentas la relativa amoralidad de la moral científica en cuanto que no toca el problema del valor, valor que la moral arcaica, religiosa a sumia aunque de forma invertida; extrayéndolo no de la vida sino de la muerte, y planteando así una exigencia (la de la muerte) que como decía Hegel era la más difícil de sostener.

Antaño la vida estaba reservada a la inmoralidad de los amos: hoy, sin embargo, lo que en aquellos amos medievales era un «sacrificio mítico» se ha vuelto real, y los amos actuales son tan esclavos como aquellos a quienes explotan, de una moral amoral y atea: la omnipotencia de la economía que ha extendido sus tentáculos inclusive a la subjetividad de sus amos, prohibiendo en ellos, como en los esclavos, todo éxtasis, todo lujo energético. Esta situación ha permitido, como su expresión velada, el «florecimiento» de una corola que surge, como en una leyenda de Becquer, de un cadáver (el tiempo «congelado» capitalista); el estructuralismo y la crítica literaria ligada a él que despoja, uno tras otro, de sus pétalos a «las flores imaginarias de la cadena» sin llegar nunca a recoger «la flor viviente» (Marx, «Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel»), que desmitifica todo excepto la muerte.

Sin embargo, hemos quizá generalizado demasiado por cuanto sabíamos que «toda generación es excesiva» y deseábamos excederlos: Barthes habla en efecto, al final de su libro, del «placer del texto» como una forma de romper su separación,

confirma en otro lugar la arriesgada hipótesis de una sociología del habla al decir que hay diversas hablas y una «lucha de paranoias» entre ellas (¿No será más bien una lucha entre Paranoia-yo dominante, que gracias a su dominio puede constituirse como un yo-y esquizofrenia-no-yo-dominador?): sugiere al menos la potencialidad de una lengua excluida del poder por el hablar inconsciente y parcelaria-fraseológica y cuya realización es sólo posible, prescindiendo de «los imaginarios del lenguaje», a partir de la clase más desprovista de toda lengua: el Proletariado de la Lengua, el único capaz de construir, como querían los rosacruces (o al menos Andreae), una «nueva lengua», o una «lengua de lo nuevo», que correspondería a la famosa «cultura proletaria» de cuya existencia Trotski dudaba, evidentemente porque no quería acordarse de Kronsstadt: el Discurso del Inconsciente, de la única Consciencia posible, una-verdadera-modernidad: la de lo más viejo, la innegable modernidad de las cenizas. ■ LEOPOLDO MARIA PANERO.

«García Lorca, asesinado: toda la verdad», visto desde Granada

Jamás un libro despertó tanto interés entre los granadinos como la obra de José Luis Vila-San Juan, «García Lorca, asesinado: toda la verdad». Las librerías han hecho un despliegue sensacional por introducir entre los granadinos, que mucho entienden de este tema, un libro que ha despertado en esta ciudad una especie de curiosidad morbosa por ver qué nombres se citaban en el relato del asesinato del poeta granadino. Pero, aunque la venta ha sido enorme, la desilusión y la sensación de «timo» ha sido después aún mayor.



García Lorca, en la residencia de estudiantes.

Aquí, en Granada, donde sí se conoce «toda la verdad», o al menos algo más de lo que ofrece el propio Vila-San Juan, el nuevo Premio Espejo de España no aporta nada de lo ya dicho por Marcelle Auclair e Ian Gibson, por citar los dos autores extranjeros que mejor han tratado el tema de la muerte de Lorca. Para aquellos que no conocen el tema con profundidad, esta nueva obra es una auténtica novedad, pero para aquel otro sector, aunque muy de minorías, que sabe del tema, la aportación de Vila-San Juan es mínima, por no decir nula, porque incluso metodológicamente sigue a Gibson y se aparta de él en la ambientación propia que rodeó la muerte de García Lorca.

Por otra parte, el libro ha caído en Granada como un auténtico bombazo en ciertos sectores de la ciudad, sobre todo en aquellos que se ven implicados en citas, en alusiones muy concretas. El trato que el autor ha dado a los personajes más importantes citados en el relato es muy parcial. Así, mientras a algunos les cita a «quemarropas», a otros los contempla con indulgencia y da pie a sus familiares a que esclarezcan posiciones. Mientras Gibson, en «La represión nacionalista en Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca», ofrecía una visión más amplia sobre los acontecimientos, sin culpar a una persona concreta, Vila-San Juan, por el contrario, trata

de cargar las tintas sobre un determinado personaje, descargando así otra serie de responsabilidades.

El libro ha llegado a los escaparates de las librerías con un montaje publicitario extraordinario, desde la concesión del Premio Espejo de España, rubricado por Fraga, Arelliza, Camón Aznar, etc., que no se comprende cómo ha podido contribuir a este montaje hasta la propia publicidad dada por la polémica nacional en torno a la Huerta de San Vicente, sin olvidar la condición de buen publicista del autor.

La escritora granadina Antonina Rodrigo, autora de «García Lorca en Cataluña», de inminente aparición, ya lo había dicho: «En las circunstancias actuales, no se puede decir toda la verdad sobre la muerte de Federico García Lorca». También el poeta granadino José G. Ladrón de Guevara ha dicho en «Ideal»: «Lo que pasa es que ahora Vila-San Juan ha escrito lo que antes en España no quisieron (no pudieron) escribir otros autores. Y en este momento acaso convenga insistir sobre la obra del escritor granadino Eduardo Molina Fajardo. Nos consta que Molina Fajardo lleva muchos años de paciente investigación, y como conocemos su rigor metodológico y sus posibilidades de acceso a fuentes tal vez inéditas, esperamos que su libro podría aportar nuevos y acaso muy importantes datos sobre una muer-

te que, a nuestro juicio, nos parece por lo menos un poco aventurado calificarla como un asesinato, eludiendo otras connotaciones tan rigurosamente históricas como las que exhibe el señor Vila-San Juan».

Por último hay que añadir que el libro de Vila-San Juan no deja de ser un buen reportaje periodístico, pero no una obra de investigación. Realmente, queda poco que decir ya sobre la muerte de García Lorca, como no sea profundizar sobre algunos puntos, o que algunas de las personas que viven y que tienen que ver mucho con el tema se atrevieran ellos mismos a publicar «toda la verdad». ■ A. RAMOS ESPEJO.

Esenin: autorretrato de un romántico imposible

Serguei Esenin amaneció ahorcado, la mañana del día de Inocentes de 1925, en una habitación del hotel Anglaterra de Leningrado. Acababa con treinta años de poemas inadaptables desde la infancia, sensibles, de una veta romántica que apenas conseguía rimar con los duros tiempos que le tocara vivir. Su testamento, el último de sus poemas escrito con la propia sangre, es una despedida amorosa y dulce, atravesada apenas por la conciencia de la próxima y voluntaria muerte. Dice así:

Hasta luego, querida,
[hasta luego.
Dulce mía, te llevo en
[el pecho.
Esta despedida inapla-
[zable
nos promete un encuen-
[tro en el futuro.
Hasta luego, querida,
[sin manos, sin pala-
[bras,
no te aflijas, no entrís-
[tezas las cejas.
En esta vida no es nue-
[vo morir
pero vivir tampoco es
[más nuevo.

El suicidio de Esenin conmovió la vieja patria rusa y contaminó para siempre esos poemas que fue escribiendo en la agonía poética y patética que fue su vida. Particularmente, los que aparecen en la selección que comentamos hoy, «S. Esenin: el último poeta del campo» (1) que toma su nombre de la autodefinición que hace el propio Esenin en uno de los poemas, y que recoge exclusivamente la vena intimista, ligada al paisaje, autorreflexiva, cargada de melancolía y presagios de muerte. La otra, la veta militante y épica, a veces tabernaria y populista, queda seguramente para otra edición y otros momentos. Y, en cualquier caso, los versos que si están son infinitamente bellos y expresivos, y, si hemos de hacer caso a los muchos retratos críticos y biográficos del poeta, responden mejor que nada a esa personalidad difícil, a esa timidez campesina disfrazada de gestos estrafalarios y bruscos, que apasionadamente dibuja Máximo Gorki en el texto que sirve de introducción al libro.

Efectivamente, estamos ante toda una cosmología de lo sensible. Un mundo poético infinitamente entrañable y directo, que permite ver, a través de imágenes cercanas al surrealismo, esa nostalgia de la naturaleza, esa lucha agotadora contra el tiempo y la época, esas premoniciones deseadas de un Hombre Nuevo, retornado al ambiente

(1) S. Esenin: «El último poeta del campo». Ed. Alberto Corazón (colección Visor de poesía). Madrid, 1974.